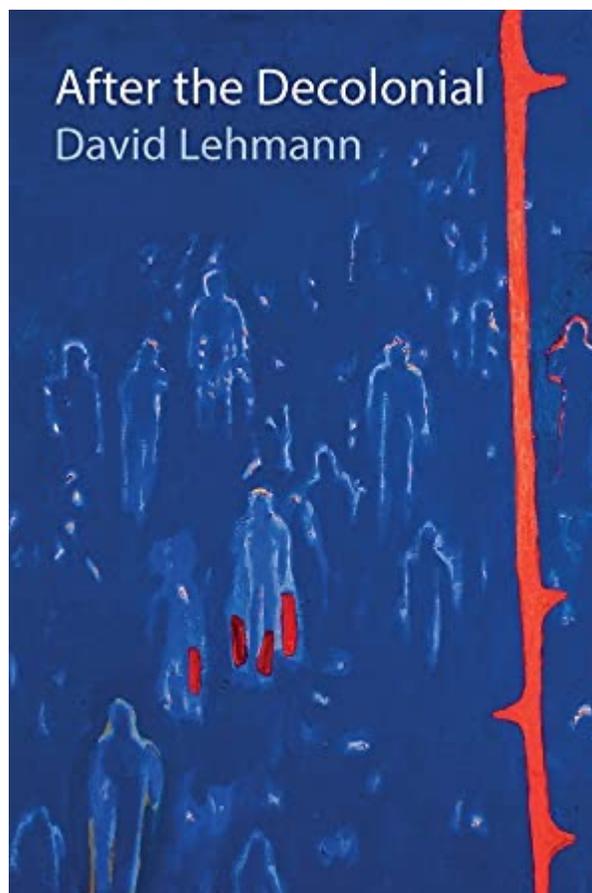


Reseñas Bibliográficas

Lehmann, D. 2022 *After the Decolonial. Ethnicity, Gender and Social Justice in Latin America*. Polity Press, Cambridge, 223 pp.

El último libro de David Lehmann nos conmina a pensar los problemas estructurales de América Latina más allá del enfoque decolonial que, argumenta, no nos brinda explicaciones creíbles de la situación actual del continente ni ofrece bases sólidas para consolidar un proyecto que acabe con la injusticia social que le aqueja. Desde su experiencia, David Lehmann, catedrático emérito en Ciencias Sociales en la Universidad de Cambridge que cuenta con una larga trayectoria en estudios latinoamericanos y que se ha enfocado sobre todo en estudios del desarrollo, ve en los decoloniales a la rama latinoamericana de la corriente postcolonial que se alejó de las corrientes marxistas que asumían los problemas de América Latina como económicos, desde el enfoque de la dependencia económica y la lucha de clases. De alguna manera, nos dice, con los decoloniales pasamos del análisis de la realidad latinoamericana desde lo económico a lo étnico.

El primer capítulo, titulado “El decolonialismo latinoamericano” es el más extenso del libro (52 páginas). En él se conjuntan las críticas de Lehmann a autores como Aníbal Quijano, Boaventura de Souza Santos, Walter Dignolo y Enrique Dussel, que se dan en términos de forma y fondo. Al primer rubro, forma, correspondería lo que él percibe como su estilo machista dada la ausencia de temáticas de equidad de género o amenazas medioambientales en su agenda de investigación. Los



acusa también de escribir en un estilo excesivamente académico y permanecer alejados de la realidad latinoamericana tras las murallas del ámbito universitario. Asimismo, de polarizar la discusión académica, desincentivar el diálogo intelectual entre posturas distintas a las suyas y politizar el aula. Aquí, yo agregaría que éstas características que Lehmann ve en los decoloniales no les son exclusivas sino que las comparten con una buena cantidad de académicos alrededor del globo.

Rocío G. Bravo Salazar, Instituto de Estudios Municipales, Universidad de la Sierra Sur. Guillermo Rojas Mijangos s/n, Col. Ciudad Universitaria, 70800 Miahuatlán de Porfirio Díaz, Oaxaca, México.

*Autor de correspondencia: rocio.bravo@unsis.edu.mx

Sus crítica de fondo a los decoloniales es que sobreestiman el peso de la pertenencia racial en su análisis de las sociedades latinoamericanas contemporáneas y asumen diferencias epistemológicas intransitables entre sus culturas. Para sustentar lo anterior analiza el uso que hacen los decoloniales de los escritos de Frantz Fanon y Edward Said. Con un sólido y profundo conocimiento de la obra de ambos autores, Lehmann concluye que aspectos particulares de sus escritos han sido sacados de contexto y usados por los decoloniales como base de enfoques conceptuales que sobreestiman el peso de “lo racial” o “lo étnico”, sin que éstos elementos hayan estado presentes en los escritos originales. El segundo aspecto de la crítica de fondo tiene que ver con la falsa causalización que los decoloniales hacen entre conceptos como “conocimientos” y “epistemologías”. A Aníbal Quijano, Walter Dignolo y Boaventura de Souza Santos los conecta la idea de que Europa es reponsable de haber impuesto a América Latina una forma de pensar que eliminó otras, igualmente valiosas, que sobreviven precariamente entre los pueblos indígenas. Éstas formas de pensamiento involucran otros tipos de conocimiento o formas de conocer, es decir “epistemologías” distintas e incompatibles con la ciencia occidental. Lehmann argumenta que diferentes perspectivas y formas de acceder al conocimiento no son distintas “epistemologías”. Los decoloniales confundirían diferencias culturales con diferencias epistemológicas y usarían con ligereza éste último concepto. Además, encuentra que hay una falta de consistencia entre la forma en la que los decoloniales descalifican a la “ciencia occidental” y su escasa evaluación seria y consistente de los principios que la sustentan. La crítica se extiende a Enrique Dussel

y Nelson Maldonado Torres en tanto autoproclamados filósofos decoloniales que no entienden a cabalidad la complejidad del pensamiento de Levinas, lo que no les impide citarlo, transponiendo sus ideas para sustentar lo que él llama su visión maniquea del mundo. Lehmann no encuentra en Levinas el estilo acusador y falto de sustento de la crítica decolonial. Al final, encuentra Lehmann, los autores decoloniales abrevan demasiado de las fuentes de la academia occidental que dicen rechazar y sus propuestas carecen de la solidez que les permitan trazar un camino propio. Por lo anterior los llama los “ventrilocuos universalistas” (p. 40).

En el segundo capítulo aborda las complicadas relaciones entre indigeneidad, género y derecho que se plantean en América Latina (págs. 72 a 120). Desde su análisis de algunos movimientos sociales que luchan por la restitución de derechos étnicos en países como India, Bolivia, Brazil, Colombia y México, concluye que éstos comparten una agenda que se subordina a los derechos humanos pues el reclamo básico de los pueblos originarios o afroamericanos, más allá de las demandas étnicas, es ser tratados con igualdad y dignidad por parte del Estado. Para Lehmann las demandas de reconocimiento a la interculturalidad existente en los Estados Latinoamericanos se convierten en un vehículo para generar políticas públicas que atiendan los derechos básicos en materia social, educativa, de salud y legal, no sólo de los pueblos originarios sino de toda la población rural de bajos ingresos en América Latina. Otra vez, las verdaderas demandas serían más de justicia social que de concesión de derechos especiales basados en una pertenencia étnica que no es posible definir claramente. De acuerdo a su análisis, es posible situar en el primer plano de las luchas de restitución de

derechos étnicos a las desigualdades materiales y los criterios universalistas del bienestar, sin dejar de subrayar las formas en que las diferencias culturales acentúan la desigualdad material y profundizan las carencias y el abandono a éstos sectores poblacionales. Lamentablemente, en este apartado del libro Lehmann se aventura a un análisis que abarca regiones geográficas de considerable extensión, así como diversos movimientos sociales que luchan por el reconocimiento de derechos especiales basados en una determinada condición étnica. El amplio espectro que Lehmann cubre está basado, más que en sus observaciones propias, en lecturas al respecto, lo cual contribuye a que su análisis se perciba más como una superposición de los propios valores y posiciones políticas.

Para mostrar que la crítica al pensamiento decolonial se da también desde América Latina, en el tercer capítulo (30 páginas) Lehmann cita los trabajos de Silvia Rivera Cusicanqui y Néstor García Canclini, quienes desde sus respectivas disciplinas y desde un entorno latinoamericano, nos muestran que las sociedades no son estáticas ni binarias, como presuponen los preceptos decoloniales. Más bien se trata de sociedades complejas en las que lo auténtico es y no pretende ser; en las que no puede haber claras líneas divisorias entre razas o etnias, ya que todas las identidades se mezclan y se encuentran en un constante proceso de construcción desde la perspectiva del “otro”, como en una sala de espejos.

Al final del libro, en el capítulo cuatro, titulado “De la cultura popular a la cultura de los pueblos: el cristianismo evangélico como desafío a los decoloniales” aborda el tema del gran avance y crecimiento de las iglesias pentecostales en América Latina, precisamente entre los grupos

poblacionales a los que los decoloniales pretenden dar voz: los marginados e indígenas. Que los decoloniales no hayan podido predecir este avance y, que estando ya en boga, guarden un incómodo silencio al respecto, es para Lehmann el reflejo del fracaso del pensamiento decolonial para analizar la realidad contemporánea de América Latina. Este último capítulo resulta uno de los más interesantes del libro, sin embargo, también es el más corto. En sólo 18 páginas Lehmann plantea una de las verdades más dolorosas para la corriente del pensamiento decolonial al que acusa de tener una audiencia exclusivamente académica y estar alejado de la realidad contemporánea latinoamericana. Este excesivo academismo habría llevado a los pensadores decoloniales a ignorar uno de los fenómenos sociales que están cimbrando a las sociedades latinoamericanas.

Para concluir, el autor propone que los movimientos sociales encabezados por mujeres y que incluyen en su lucha los derechos ambientales, son el futuro del debate de la realidad latinoamericana. Sostiene también que la lucha por los derechos particulares de grupos étnicos terminan siempre enarbolando demandas por derechos universales. Me gustaría estar de acuerdo con éstas conclusiones pero al respecto Lehmann nos brinda escasos y frágiles ejemplos.

A pesar de sus críticas, Lehmann reconoce que el pensamiento decolonial latinoamericano ha sabido capturar el “espíritu” de la época. Ciertamente los académicos latinoamericanos disfrutamos que se nos reconozcan nuestras capacidades y habilidades para estudiar nuestro entorno social y superar el rol de “objetos de estudio”. En este sentido y en mi opinión, el éxito de los decoloniales está asociado al continuo

desdén que la academia europea muestra por sus pares de otras regiones del mundo. Sin embargo, Lehmann nos recuerda que no podemos quedarnos estacionados en análisis binarios que no asumen la constante transformación de las sociedades latinoamericanas. El pensamiento decolonial, desde sus “gurús”, produjo la denuncia más amplia de la historia de la condición postcolonial de América Latina, sin embargo es necesario encaminar el debate académico y político a un ámbito acorde a los problemas reales del continente.

Se trata de un libro necesario para superar el ensimismamiento del pensamiento latinoamericano y deseo que sea el inicio de un debate inteligente y respetuoso que supere las barreras actuales entre corrientes de pensamiento.